

etc. ¡Qué crédulo es el público! Qué poco razonable. La explicación de los que había pasado era perfectamente simple: la pintura había revertido al estado de gotas de pintura viva, y las gotitas se habían ido a correr mundo. Cargadas como estaban con la energía acumulada de cinco siglos de obra maestra, no las iba a detener un vidrio, por blindado que fuera. Ni muros ni montañas ni mares ni distancias. Podían ir adonde quisieran, eran gotas de color doradas de superpoderes. Si hubieran contado los agujeritos en el vidrio habrían sabido cuántas eran: mil. Pero nadie se tomó el modesto trabajo de contar, ocupados como estaban en proponer teorías tan descabelladas como incongruentes.

Las gotas se dispersaron por los cinco continentes, ávidas de aventuras, de acción, de experiencia. Durante un tiempo, al principio, se mantuvieron en las fronteras de la luz del día, y dieron varias vueltas al planeta en la misma dirección, abriéndose en abanico, más lento o más rápido, unas en los grises finos del alba, otras en los rosas apasionados del atardecer, muchas en las mañanas laboriosas de las grandes ciudades, o en las siestas soñolientas del campo, en las primaveras de las praderas o los otoños de los bosques, en los hielos polares o en los desiertos ardientes, o montando una abejita en un jardín. Hasta que una de ellas, por casualidad, descubrió las honduras de la noche, y otra también, y otra, y entonces ya no hubo límites a sus viajes y descubrimientos. Al extinguirse la compulsión al movimiento pudieron establecerse donde quisieron, y sacaron a relucir su inagotable ingenio creativo.

Una fue a parar al Japón, donde puso una fábrica de velas perfumadas. Se llamaban Velas Minuto, y olían a Luna. Protegida por severas patentes de exclusividad y beneficiada por la noche, tuvo un éxito descomunal.

Inmensos locales ballables adoptaron las velas Minuto, y lo mismo hicieron templos, montañas, bosques y shogunatos enteros. Se vendían en cajas de seis, doce, veinticuatro y mil (todos compraban las de mil). Sus llamitas rosa multiplicadas creaban una penumbra sin sombra en la que se abolían lo lejos y lo cerca, el antes y el después. Hasta las más prolongadas noches de invierno se revelaban incapaces de contener tanta intimidad. Gota San, rico como un Crespo, tenía dos esposas geishas que transportaban manojos de espadas y organizaban para diversión del marido sesiones de esgrima danzante. Aborto en estudios de balística, Gota San les prestaba cada vez menos atención, hasta que las olvidó del todo. La reacción subsecuente sacó a relucir la gran diferencia entre las dos muchachas, por lo demás tan parecidas que todos las confundían. Una le siguió fiel, y lo amó distraído más que atento; la otra buscó en otro el amor que ya no encontraba en casa. Una era "para siempre", la otra "mientras dure", y cuando consideró que ya había durado bastante dijo hasta y se lió con un fotógrafo. El señor Foto San viajaba todo el tiempo a Corea por motivos profesionales. Un día, durante uno de estos viajes, la familia Gota hizo un picnic bajo la lluvia, con un gran paraguas listrado, varias cajas de velas Minuto y una canasta de camarones. Tomaron el té, comieron, admiraron las siluetas de los árboles recortadas contra el violeta del cielo, y después se entretuvieron con un curioso juguete: una cancha de tenis de cartón, plegable, del tamaño de un tablero de ajedrez, sobre el que jugaban un partido de dobles mixtos cuatro ranas vestidas de blanco, con raquetitas de rafia. Las ranas eran de verdad, y no estaban ni vivas ni muertas. Se las accionaba aplicándoles electrodos, lo que era bastante incómodo. Como además ni el señor Gota ni sus dos esposas conocían las